



HISTORIA DE FELÍCITAS Y JUAN CARLOS: JUSTICIA, ¿CÓMO PEDIR LO IMPOSIBLE?

Mis tres hijos nacieron y crecieron en este pueblo, Batamote, Sinaloa. Pero en los últimos diez años las cosas han cambiado mucho. Los ejidatarios ya no siembran su tierra, sino que viven de rentarla a gente que llegó de fuera y que ahora se mueve libremente por todo el pueblo en sus carros con vidrios polarizados. Muchos tienen miedo de venir por estos rumbos, pero aquí también hay gente buena, que no anda en mañosadas¹ y no se mete en problemas con nadie.

Yo soy de una ranchería de aquí cerca, un lugar muy pequeño de cuatro calles y unas cuantas casas. Pero era un lugar seguro, y cuando yo era niña toda la gente se conocía y se podía jugar en las calles. La vida era difícil, porque éramos muchos y el dinero apenas alcanzaba, pero vengo de una familia que está acostumbrada a trabajar muy duro para poder comer; mi padre fue albañil de la construcción y sembraba al mismo tiempo un poco de tierra para completar el gasto.

Nuestra casa era muy sencilla, era una casita de lámina, y como es zona de ciclones, siempre estábamos en peligro de perder el techo. Me acuerdo que mis papás y mis hermanos más grandes se colgaban del techo para que el aire no se lo llevara, no se la volara. Cuando crecimos, con el trabajo de todos hicimos la casa de material, pero seguíamos sufriendo con los ciclones; recuerdo que hubo otro ciclón muy feo, muy fuerte, y mi papá tuvo que poner los roperos atrancando las puertas y tablas en las ventanas.

¹ En el contexto sinaloense, se refiere a las acciones cometidas por una persona mañosa que comete actos en perjuicio de otros. Son actos mal vistos por el conjunto de la sociedad que pueden ir desde bromas pesadas hasta actos ilícitos de pequeña escala [N. de las E].

Éramos siete mujeres y cinco hombres, yo soy la quinta hija y me tocó cuidar a mis hermanitos menores. Mi infancia fue muy dura, porque lo que ganaba mi papá apenas alcanzaba para darnos de comer a todos, así que crecimos con lo básico, los juguetes eran un lujo para nosotros. En Navidad, si nos iba bien, nos amanecían dulces. Una vez nos compraron una muñequita a mí y a mi hermana, pero la teníamos que compartir y esto se volvió un problema entre las dos. Empezamos a pelear por la muñequita, hasta que un día, enojada, mi hermana la tiró a la letrina, y yo lloré muchísimo, pero no la pudimos recuperar. A pesar de las carencias, siempre encontrábamos manera de divertirnos y jugar a la roña, a los encantados, a la matatena.

Cuando tenía siete años me pasó algo que marcó toda mi niñez, hasta la fecha nunca se lo había contado a nadie. Un hombre cercano a mi familia, a quien todos le tenían confianza, abusó sexualmente de mí. Yo era una niña y no sabía qué hacer, traté de hablar con mi mamá para contárselo, pero ella no me ponía atención; cada vez que intentaba hablar con ella me decía: “Quítate de aquí, puras mensadas hablas”. Mi mamá era muy dura, muy estricta conmigo, yo conociéndola me daba mucho miedo decirle, sentía que no me iba a creer. Él siguió viniendo a mi casa, y yo me moría de miedo cada vez que él llegaba, me escondía, me iba debajo de las tarimas y me ponía a temblar. Creo que entonces me cambió mucho el carácter, me volví muy seria e introvertida.

Fui creciendo y mi mamá me fue dando más responsabilidades, tenía que cocinar, bañar y cuidar a mis hermanitos. Cuando entré a la secundaria tenía que caminar dos kilómetros para llegar a la escuela y me tenía que llevar a mi hermano más pequeño, que aún era un bebé de brazos, porque mi mamá trabajaba y no había quien lo cuidara. Pero era la única posibilidad que yo tenía de seguir estudiando, así que ahí iba yo, caminando dos kilómetros con mi hermanito en brazos. Ya en la escuela tenía que calmarlo para que no interrumpiera las clases, le daba el biberón y si se hacía tenía que salir a cambiarlo, me iba atrás de la escuela porque me daba vergüenza. Mis compañeros se reían de mí y me decían “la niñera”. Hasta algunos profesores se molestaban y me llamaban la atención, pero finalmente me dejaban seguir asistiendo a clases.

Durante una temporada también se trajeron a mi abuela paterna a vivir a la casa y ella tenía Alzheimer, así que me tocaba cuidarla, porque se nos salía y se perdía. Varias veces me tocó salir a buscarla en los campos y evitar que comiera jabón pensando que era sal.

Era muy pesado tener tantas responsabilidades tan joven, pero si renegaba o no cumplía con ellas me iba muy mal con mi mamá. Una vez que estaba a cargo de mis hermanitas, salimos a jugar y una de ellas, corriendo, se lastimó con un alambre de púas, y cuando llegó mi mamá me cintareo muy duro por no haberla cuidado bien. Por suerte, como yo sabía lo que me esperaba, me había puesto debajo de la falda varios pantalones y no me dolió tanto. Ella era una mujer muy estricta y muy seria, expresaba poco sus sentimientos, pero yo sabía que hacía lo mejor que podía por cuidarnos y darnos lo que necesitábamos. Ella me cosía mis faldas, unas faldas largas que me llegaban hasta el tobillo; yo me ponía lo que ella me hacía sin renegar.

Logré terminar la secundaria y seguí estudiando la preparatoria. Yo quería ser maestra de kínder y mi madrina de bautizo, que me quería mucho, me quería apoyar, habló con mi mamá para que me dejara ir a estudiar con ella a Culiacán, pero mi mamá no aceptó porque mi madrina tenía hijos varones y no quería ponerme en riesgo. No sabía que el riesgo ya había entrado a mi casa hacía muchos años.

No terminé la preparatoria porque quería trabajar y apoyar a mis papás con el mantenimiento de mis hermanitos. Es difícil en estas familias grandes poder estudiar, así que inventé el pretexto de que no me gustaba la escuela para poder dejarla y trabajar. Di esa excusa para que mis padres no se sintieran mal, pero realmente yo quería ser maestra, era mi sueño. A los 20 años conocí a mi marido, que apenas tenía 17 años. Fue en un baile al que fui con mi mamá; en ese entonces las muchachas no podíamos ir a bailes si no íbamos acompañadas por nuestras mamás. Desde la primera vez que lo vi sentí que se me movía el corazoncito, algo muy bonito y supe que era alguien especial. Me sacó a bailar y yo estaba feliz, pero mi mamá sólo me dejaba bailar dos piezas seguidas, ese era el acuerdo, así que me tuve que sentar. Él sacó a bailar a otras muchachas y yo me puse muy triste, pero regresó y esta vez sí bailamos

tres piezas, en contra de la voluntad de mi mamá. Terminando me sacó de la fiesta, pero yo sabía que algo muy especial había comenzado.

Empecé a ir a los bailes con la ilusión de verlo a él, y así nos encontramos varias veces, hasta que me pidió que fuera su novia. Yo acepté, pero tenía que venir a pedir permiso para visitarme en mi casa. Todo entonces era muy formal, él venía a verme, pero siempre rodeados de mis hermanos y vigilados por mi mamá. Entonces se usaba que no podían ni agarrarte la mano, y él me la agarró y me abrazó; cuando mi mamá se dio cuenta se enojó mucho y me pidió que lo despidiera. Yo sabía lo que me esperaba, porque la conocía, estaba temblando cuando lo despedí por miedo a la garrotera que me daría mi mamá. Él no entendía que hubiera tanto problema por un simple abrazo, pero no quería que me hicieran daño, así que me propuso que me fuera con él. No lo pensé mucho, y fue así, por miedo a una golpiza, que terminé huyendo con él. Pero no me arrepiento, ha sido un buen marido y un excelente padre.

Él era menor que yo, pero era muy maduro, muy responsable; aprendió un oficio técnico para arreglar aires acondicionados y con su trabajo hemos salido adelante. Esta casa en donde vivimos fue un regalo de sus padres cuando nos juntamos. Fue por ellos que nos vinimos a vivir a este pueblo, en donde vive toda la familia de mi marido.

Somos una familia honesta que siempre hemos vivido de hacer trabajo duro. Yo he hecho de todo para apoyar a mi familia: he vendido ropa usada, y ahora tengo este puesto donde vendo chucherías,² algo saco cada semana. Eduqué a mis hijos para ser gente trabajadora y respetar a los mayores, así me educaron a mí; en mis tiempos, tus papás con la sola mirada te decían qué podías o no podías hacer. Ahora se te pueden torcer los ojos y los jóvenes no te respetan. Yo camino por el pueblo y veo que los jóvenes por cualquier cosa te insultan, muchos usan armas y no respetan a los adultos.

Pero mi hijo Juan Carlos era diferente, él siempre fue muy responsable y maduro, era la mano derecha de su papá en el negocio de aires acondicionados. A los 16 años, en el segundo año de la preparatoria, su

² Se trata de un conjunto de objetos de poco valor, que tienen un uso cotidiano o decorativo. Puede incluir juguetes, objetos de cuidado personal, golosinas o *souvenirs* [N. de las E.].

novia quedó embarazada y lo convirtió en papá. Esto lo volvió adulto antes de tiempo y empezó a aprender el oficio de su papá en el arreglo de aires acondicionados. Aun así, terminó la preparatoria al mismo tiempo que trabajaba para pagar la pensión de su hijo. La joven quería que él le pagara 500 pesos semanales para la manutención del niño, pero nosotros somos pobres y no había manera de que pudiera sacar eso cada semana. El niño era su vida, él lo quería mucho y trabajaba duro para poderlo ver; lo poco que tenía lo gastaba comprándole yogures, fruta, cosas ricas para llevarle cuando lo visitaba. Finalmente llegaron a un acuerdo con la mamá, y le pasaba 250 semanales, y si salía más de los trabajos pues le pasaba más. El hijo era su prioridad, así que salía poco, no tomaba, nunca me daba ninguna preocupación.

Aunque era el hermano de en medio parecía el mayor por la manera en que se preocupaba por sus hermanos. Era muy bueno para hablar, muy reflexivo y le daba consejos a Heidy, su hermanita. Era sus ojos y quería que ella estudiara y llegara a ser alguien en la vida. A mí y a mi marido nos gustaba escucharlo cuando aconsejaba a sus hermanos, tenía el don de la palabra, queríamos que siguiera estudiando y tuviera una carrera. Cuando terminó el bachillerato empezó a estudiar criminología, pero la primera vez que lo llevaron a la morgue y le mostraron un cadáver regresó a la casa descompuesto. Me dijo que no servía para ver sangre, que mejor buscaría otra carrera menos dura. Su plan era regresar a estudiar el siguiente ciclo escolar; tenía muchos sueños que se vieron truncados ese 3 de noviembre de 2015, cuando su primo se lo llevó a una aventura de la que nunca regresó.

Eran como las 4:30 de la tarde y su papá había ido a la ferretería, estaban en medio de un trabajo; yo estaba en el lavadero, así que sólo pude ver cuando se subió a un carro blanco y se fue. Me cuenta mi otro hijo que Juan Carlos no quería ir porque eran horas de trabajo, pero su primo le insistió mucho y terminó por convencerlo.

El primo que vino por Juan Carlos es hijo de un hermano de mi marido que entonces estaba muy enfermo. Tenía cáncer y ya no podía trabajar, así que nosotros lo apoyábamos en lo que podíamos. Le llevábamos comida, y con lo poco que ganábamos cada semana, íbamos a

visitarlo y le dábamos para lo que necesitara, ayudábamos con las medicinas y lo acompañábamos al médico. Fue en esa época que nuestros hijos se acercaron más a los primos, y al parecer este joven no andaba en buenas compañías y terminó perjudicando a mi familia. A la fecha no sabemos qué pasó ese día, pero con las noticias de prensa, los rumores y lo que el primo le dijo a sus papás, sabemos que la policía se llevó a nuestro hijo, junto con otro joven que continúa desaparecido.

Lo que la prensa reporta es que esa noche una camioneta de un policía fue robada por cuatro jóvenes, dos de ellos iban en la camioneta y otros dos en un carro blanco. Los que iban en la camioneta robada cayeron en un canal y ahí los detuvo la policía, a uno lo llevaron preso y al primo lo soltaron. La misma nota de prensa reporta que el carro blanco fue interceptado por la policía y los tripulantes detenidos.

Cuando nosotros fuimos a buscar a nuestro hijo detenido no había ningún reporte de su detención y nadie nos quiso dar información sobre el caso. Mi marido pidió hablar con el jefe de la policía, pero no nos quiso recibir. Yo no podía creer la pesadilla que estaba viviendo, y no dejaba de preguntarme ¿por qué vino por mi hijo?, ¿por qué tuvo que meter a Juan Carlos en esto, cuando él era un joven trabajador que no se metía en problemas? Primero toda mi rabia se volvió contra el primo y la familia de mi marido, que no quería hablar con nosotros después de todo el apoyo que le habíamos dado. El joven que llevaron preso y que era menor de edad fue liberado a los pocos meses y tampoco quiso hablar con nosotros. Todos tienen miedo y ninguno de los involucrados quiere decirnos qué fue lo que realmente pasó. Si fueron detenidos por la policía, ¿por qué no les fincaron cargos y les hicieron pagar por su delito, si es que había alguno?, ¿por qué los que robaron el carro salieron libres, y los que iban en el otro carro desaparecieron? No hay quien responda a mis preguntas, no hay autoridad que responda ante tanta impunidad.

Como las autoridades no hacen su trabajo, nosotros mismos hemos tenido que buscarlos. Había rumores: que si les hicieron esto o lo otro, que si sus cuerpos los tiraron aquí o allá. Sentía me que moría de dolor, y esto empezó a afectarme la vista, me dio glaucoma y me costaba ver. No me da miedo quedarme ciega, lo que me angustia es pensar que

no podré seguir buscando a mi hijo. Recorrimos toda la zona, buscando en canales, en las orillas de los cultivos, en hospitales y funerarias. Íbamos los dos solos, porque la familia del otro joven desaparecido estaba como inmovilizada por la tristeza y el dolor, y no se unían a nuestras búsquedas.

Un día, con otros familiares y amigos, decidimos hacer un plantón ante la Subprocuraduría para exigir el esclarecimiento de este caso, y fue ahí que conocí a Mirna y me uní a Las Buscadoras. Tenía poco más de un mes que se habían llevado a mi Juan Carlos, y encontrar a otras madres como yo me dio valor para seguir buscando.

Las cosas cambiaron mucho para nosotros, ya no estamos solos ante esta desgracia. Nos apoyamos unos a otros, y si no encuentro al mío, encontramos a otros chamaquitos a quienes sus familias también están buscando. He salido ya a varias búsquedas con ellas y hemos encontrado a muchos, y no sé cómo decirlo, pero me da un poco de envidia, y pienso: ojalá que de pérdida fuera mi hijo para tener una tumba en dónde llorar. Por supuesto que me gustaría encontrarlo vivo, ¿verdad? Qué más quisiera, pero si le hicieron algo, de pérdida recuperar su cuerpo. Pero no puedo seguir así, sin saber nada, sin saber si está vivo o muerto, saber lo que sufrió, sin saber nada. Él, que era tan buen hijo y no le había hecho daño a nadie. Le digo a mi esposo: “Me duele no alcanzar a encontrarlo y ya no poder ni ir a buscarlo si me quedo ciega”.

Lo único que les pido es que me lo regresen, aunque esté muerto. ¿A quién puedo exigirle justicia? Mi Dios se los va a cobrar a cada uno de los que lo lastimaron, nadie se va sin pagar las que hace. Pero pues nosotros no podemos. ¿Cómo pedir lo imposible? ¿Justicia?, cuando el gobierno no hace nada, cuando son ellos mismos los que se llevan a nuestros hijos. ¿Qué podemos pedir? Es algo imposible.

NOTA

El 31 de agosto de 2016 Las Rastreadoras localizaron los restos humanos de cuatro personas en una zona conocida como Las Bolsas de

Tosalibampo, en el municipio de Ahome. Estos restos estuvieron bajo la custodia de una funeraria local y pasaron ocho meses antes de que la Fiscalía General de Justicia notificara, el 3 de abril de 2017, a Felicitas que los resultados de los exámenes de ADN habían dado positivos y uno de los cuerpos encontrados correspondía a su hijo Juan Carlos. Cuando realizamos la entrevista en la que se basa esta historia, los análisis aún no se habían realizado.

CARTA A FELÍCITAS DESDE ATLACHOLOAYA, MORELOS

Señora Felicitas:

No encuentro las palabras de consuelo ante la gran pérdida.

¿Cómo alivio su dolor si yo también soy madre?

Yo tuve que dejar en el abandono a dos niños; uno de ocho años y otro de once meses, y todos los días le pido al universo que me los cuide.

Por un momento me puse de su lado y no, no quiero imaginar todo ese sufrimiento que vive de manera injusta, desgraciadamente vivimos en un país con mucha violencia, donde no tenemos el derecho ni a la información y no la dan, no, por ignorancia. No. Es la gran corrupción de los policías, ya no se sabe a quién temerle... pero sin duda es a la policía. Ellos, que deberían de protegernos, son los que desaparecen, matan, torturan y violan a gente inocente. Se lo digo yo, que estuve cuatro días a su merced, que fui torturada y violada por ellos, y gracias a la vida lo estoy contando.

Hoy tengo fe en que este nuevo gobierno le ayude y aporte pruebas para encontrar la justicia que espera, deberá tener paciencia, se encontrará a sabandijas disfrazadas de corderos, como lo son la fiscalía y muchos más.

Le pido a la vida que pronto encuentre consuelo a su gran dolor y espero se le haga justicia y que esa gran pérdida no quede impune.

Empecemos por nosotras. Su gran lucha pronto tendrá recompensa.

El dolor se queda, pero también el amor y la esperanza.

Desde Atlacholoaya, Morelos,

MARÍA LUISA VILLANUEVA